

funda y contemplad el juego caprichoso de las sombras y de las luces en el oscuro laberinto de edificios; arrojad sobre él un rayo de luna que le dibuje vagamente y haga resaltar entre la niebla las grandes cabezas de sus torres; y contemplando su negra silueta, bañad en sombra los mil ángulos agudos de las agujas y de las paredes fronteras, y hacedla resaltar más festoneada todavía sobre el cielo dorado de Occidente, y comparemos. Si queremos recibir de la vieja ciudad una impresión que no puede causar la nueva, ascendamos un día de gran festividad, al salir el sol; subamos á un punto elevado, desde el que dominemos la capital entera, y oigamos el primer repiqueteo de las campanas. Veremos, á una señal que viene del cielo, porque el sol es el que la dá, estremecerse á la vez aquellas mil iglesias.

Oyense al principio campanadas sueltas, que van de una iglesia á otra, como cuando templan los músicos los instrumentos, advirtiéndolo que van á tocar: luego, de repente, porque parece que en ciertos momentos la vista tiene su oído particular, se levanta en el mismo instante de cada campanario como una columna de ruido, como un humo de armonía. Al empezar el toque, la vibración de cada campana sube recta, pura y, por decirlo así, aislada de las demás, al espléndido cielo de la mañana; después, creciendo las vibraciones, se confunden, se borran unas con otras y se amalgaman, produciendo magnífico concierto, y ya solo se oye la masa de vibraciones sonoras que se desprende sin cesar de innumerables campanarios, que flota, ondula, rebota y se arremolina sobre la ciudad y prolonga más allá del horizonte el círculo atronador de sus oscilaciones. No es, sin embargo, un caos ese mar de armonía; por alborotado y profundo que sea no pierde su transparencia, y se vé serpentear aparte cada grupo de notas que se escapa de los campanarios; en él puede apreciarse el diálogo, ya grave, ya chillón, de la carraca y del órgano; se ven saltar las octavas de un campanario á otro; se las vé salir aladas, ligeras y silbadoras de la campana de plata y caer rotas y cojas de la campana de madera; se puede oír, entre todas, el rico diapason que bajan y suben sin cesar las siete campanas de San Eustaquio, y ver circular al través notas claras y rápidas, que forman tres ó cuatro zig-zags luminosos y que se desvanecen como relámpagos. Aquí se conoce á la abadía

de San Martín, cantora ágría y cascada; allí la voz siniestra y tétrica de la Bastilla; allá la ancha torre del Louvre con su voz de bajo profundo. La régia campana del Palacio lanza de continuo á todas partes trinos resplandecientes, sobre los que caen en uniforme cadencia los pesados golpes de la campana de Nuestra Señora, que los hacen chispear como el yunque á los golpes del martillo. Por intervalos se oyen pasar sonidos de todas clases que nacen del triple repiqueteo de San German de los Prados, y de vez en cuando esa masa de voces sublimes se entreabre y dá paso á la *stretta finale* del Ave-María, que estalla y chispea como un penacho de estrellas. En lo más profundo del concierto se oye confusamente el canto interior de las iglesias que transpira á través de los poros vibrantes de sus bóvedas. Esas armonías constituyen una ópera que merece oírse. Habitualmente el rumor que se escapa de París durante el día es el de la ciudad que habla; durante la noche es el de la ciudad que canta. Prestad oído á este *tutti* de campanarios, esparcid sobre el conjunto el murmullo de medio millón de hombres, el eterno murmullo del río, los soplos infinitos del viento, el cuarteto grave y lejano de los cuatro bosques, colocados en las colinas, como inmensos cañones de órganos; suprimid en él, como en una media tinta, los sonidos demasiado roncós ó demasiado agudos del campaneo central, y decidme si conocéis en el mundo algo más rico, más alegre, más dorado y más deslumbrador que este tumulto de torres y de campanas, que este horno de música, que estas diez mil voces de bronce cantando á la vez con flautas de piedra de trescientos pies de altura; que esta ciudad, que es una orquesta; que esta sinfonía, que truena como una tempestad.

LIBRO CUARTO

I.

Las buenas almas.

Diez y seis años antes de la época en que acaece esta historia, en una hermosa mañana del domingo de Quasimodo depositaron una criatura viva, después de la misa, en la iglesia de

Nuestra Señora, sobre la tabla elevada en el átrio, á mano izquierda, frente á la gran imagen de San Cristóbal, que la estatua esculpida en piedra por Essarts contemplaba de rodillas, desde el año 1413, hasta que el santo y el fiel fueron derribados de los sitios que ocupaban. Sobre aquella cama de madera, en figura de tablado, era costumbre ofrecer á la caridad pública los niños expósitos, y de allí los tomaba el que quería. Delante del tablado había una bandeja de cobre para recibir las limosnas.

El sér viviente que yacía en el indicado sitio en la mañana de Quasimodo, en el año de gracia de 1467, excitaba en alto grado la curiosidad del grupo, bastante considerable, que se había reunido alrededor del tablado; formaban ese grupo casi exclusivamente personas del bello sexo y casi todas ancianas.

En la primera línea, y entre las más inclinadas sobre el tablado, veíanse cuatro, cuyos monjiles grises denotaban que pertenecían á alguna devota cofradía. No veo un motivo para que no transmita la historia á la posteridad los nombres de las cuatro discretas y venerables mujeres. Se llamaban Inés la Herme, Juana de la Tarme, Henriqueta la Gaultiere y Gauchère la Violette, las cuatro viudas, buenas mujeres, las cuatro de la Capilla Ettiène-Haudry, que salieron del establecimiento con permiso de la superiora, cumpliendo los estatutos de Pedro de Ailly, para ir á oír el sermón.

Si esas dignas ancianas observaban los estatutos de Pedro Ailly, violaban en cambio con el corazón lleno de alegría los de Miguel de Brache y los del cardenal de Pisa, que inhumanamente las prescribían el silencio.

—¿Qué quiere decir eso?... preguntaba Inés á Gauchère, contemplando al niño expósito, que berreaba y se retorcia sobre el tablado, asustado sin duda de tener fijas en él todas las miradas.

—¿Qué es lo que vá á suceder si esto hacen los niños que nacen ahora? exclamó Juana.

—No entiendo de criaturas, pero creo que ha de ser pecado mirar á ésta.

—Esto no es un niño, Inés.

—Esto es un mono contrahecho, observaba Gauchère.

—Esto es un milagro, repuso Henriqueta.

—Entonces éste ya es el tercero desde el domingo de *Latare*, porque hace ocho días que se realizó el del que se burla de los peregrinos y fué castigado por Nues-

tra Señora de Aubervilliers, y éste era ya el segundo del mes actual.

—Este expósito es un verdadero monstruo de abominación, añadió Juana.

—Sus berridos son capaces de dejar sordo á un chantre.—Calla, chillón!

—El señor obispo de Reims envía esta enormidad al de París.

—Yo sospecho, dijo Inés, que esto será un avechicho, un animal, el producto de un judío y de una marrana, algo, en fin, que no es cristiano y que es preciso echar al agua ó al fuego.

—Estoy segura de que nadie querrá recogerle.

—Ay Dios mío! exclamó Inés; ¡no faltaba más que se lo entregasen á las nodrizas de la Inclusa para que criasen á semejante monstruo! Mejor daría yo á mamar á un vampiro.

—¿Qué inocente es Inés! repuso Juana; ¿pues no veis que este monstruo tiene cuatro años lo menos y que mejor se cogería á un cabrito que á una teta?...

No era, en efecto, recién nacido aquel monstruo (no podemos calificarle de otra manera). Era una pequeña masa, muy angulosa y muy movediza, aprisionada en un saco de lienzo, dirigido á nombre del Sr. Guillermo Chartier, obispo de París, con una cabeza que salía del saco susodicho. Era deforme esa cabeza; solo se veían en ella un bosque de pelos rojos, un ojo, una boca y dientes: el ojo lloraba, la boca gritaba y los dientes deseaban morder, y el conjunto se revolvió dentro del saco, con asombro de la multitud, que aumentaba, renovándose sin cesar alrededor del tablado.

La señora Eloisa de Gondelaurier, dama rica y noble, que llevaba de la mano á una preciosa niña de seis años y arrastraba largo velo, pendiente de la aguja de oro de su peinado, detúvose ante el monstruo y contempló un momento á la desventurada criatura, mientras su linda hija, vestida de seda y de terciopelo, delectaba con la ayuda de su diminuto dedo el rótulo permanente pendiente del tablado, que decía: *Niños expósitos*.

—Vaya, exclamó la señora, volviendo la cara con gesto de disgusto; vaya, yo creía que aquí solo se exponían criaturas.

Volvió la espalda y arrojó en la bandeja un florín de plata, que resonó entre los ochavos y que hizo abrir los asombrados ojos de las cuatro viejas devotas.

Llegó un momento después el grave y erudito Roberto Mistricolle, protonota-

rio del rey, con un enorme misal bajo de un brazo y llevando apoyada á su esposa en el otro, teniendo de este modo á sus dos lados sus dos reguladores, el espiritual y el temporal.

—Vamos á ver ese expósito, dijo á su cónyuge, acercándose con ella al tablado.

—No se le vé más que un ojo, observó aquella; encima del otro tiene una verruga.

—No es una verruga, le contestó Mistricolle; es un huevo que encierra otro demonio semejante al que estamos mirando, el cual contiene otro huevecillo que encierra otro diablo, y así sucesivamente.

—Cómo lo sabes?

—Lo sé muy bien, volvió á decir el protonotario.

—Señor protonotario, preguntó Gauchère, ¿qué pronosticáis de esta especie de niño expósito?

—Las mayores desgracias, respondió Mistricolle.

—Ay Dios mio! exclamó una vieja asustada; por eso hubo peste el año pasado, y por eso se dice que los ingleses van á desembarcar en Harefleu.

—Puede que eso impida que venga la reina á Paris en el mes de Setiembre, añadió otra vieja.

—Creo, repuso Juana, que para los vecinos de Paris valdria más que ese pequeño nigromántico estuviese extendido sobre una hoguera que sobre un tablado.

—Sobre una gran hoguera ardiente, añadió la vieja.

—Eso sería lo más prudente, dijo Mistricolle.

Escuchaba hacia ya algunos momentos los racionios de las viejas y las sentencias del protonotario un sacerdote joven, de semblante severo, ancha frente y mirada profunda. Se abrió paso entre el gentío; sin hablar examinó al pequeño nigromántico y tendió la mano sobre él; llegó á tiempo, porque ya todas las devotas se relamian de gusto pensando en la gran hoguera ardiente.

—Yo adopto á este niño, dijo el sacerdote.

Le tomó en brazos y se lo llevó. Atónitos los asistentes, le siguieron con los ojos hasta perderle de vista; un instante despues desapareció por la Puerta Roja que conducía entonces desde la iglesia al claustro.

Pasada la sorpresa, Juana se inclinó al oído de la Gauchère y la dijo:

—Ya veis que sospechaba con fundamento; Claudio Frollo es hechicero.

II.

Claudio Frollo.

Claudio Frollo no era una persona vulgar. Pertenecía á una de aquellas familias que en el lenguaje impertinente del último siglo se llamaban del alto estado llano ó de la pequeña nobleza. Esta familia heredó de los hermanos Paclet el feudo de Tirechappe, que dependía del obispo de Paris, y cuyas veintiuna casas fueron en el siglo trece objeto de muchos litigios en la curia eclesiástica. Como poseedor de ese feudo, Claudio era uno de los *siete veintium* señores que pretendían cobrar impuestos en Paris y en sus arrabales, y se vió durante mucho tiempo su nombre inscrito bajo este concepto entre el palacio de Tancarville, perteneciente á Francisco Le Rez, y el colegio de Tours, en el cartulario depositado en San Martin de los Campos.

Destinaron sus padres á Claudio Frollo, desde su infancia, al estado eclesiástico; le habían enseñado á leer en latin y le habían acostumbrado á bajar los ojos y á hablar con comedimiento; siendo aun niño, su padre le encerró en el convento de Torchi, situado en la Universidad, y allí creció entre el misal y el léxico.

Era un muchacho triste, grave y sério, que estudiaba con ardor y que aprendía pronto; no gritaba en las horas de asueto, no tomaba parte en las bacanales de la calle de Fonarre, no sabia lo que era *dare alapas et capillos laniare*, y no figuró en la sarracina de 1463, que los analistas califican gravemente de "Sexto alboroto de la Universidad". Rara vez se burlaba de los pobres estudiantes de Montaign por las *monteras* que usaban, ni de los colegiales de Dormans por su tonsura lisa y los manteos de tres colores, verde, azul y violeta, *azmini coloris et brunii*, como dicen los reglamentos del cardenal de las Cuatro Coronas. En cambio asistía á todas las clases de la calle San Juan, de Beauvais. El primer estudiante que el abad de San Pedro de Val veía en el momento de empezar la lectura de Derecho canónico, pegado, enfrente de su cátedra, á un pilar de la escuela de Saint-Vendregere, era Claudio Frollo, con su tintero de cuerno, mascando la pluma, escribiendo sobre sus lustradas rodillas y soplandose los dedos en in-

vierno. El primer oyente que el señor Miles D' Isliers, doctor en Derecho, veía llegar todos los lunes por la mañana sofocado al abrirse las puertas de la escuela del Chef-Saint-Denis, era Claudio Frollo. Por eso á los diez y seis años el joven estudiante podía discutir en teología mística con un padre de la Iglesia, en teología canónica con un padre de los Concilios y en teología escolástica con un doctor de la Sorbona.

Cuando terminó el estudio de la teología se dedicó al estudio de las decretales. Desde el *Maestro de las Sentencias* pasó á las *Capitulares de Carlo-Magno*, y en su apetito de ciencia devoró decretales sobre decretales, las de Teodoro, obispo d' Hispale; las de Bouchard, obispo de Worms; las de Ires, obispo de Chartres; luego el decreto de Graciano, que sucedió á las *Capitulares de Carlo-Magno*; despues la recopilacion de Gregorio IX, y últimamente la epístola *Super specula* de Honorio III. Se le hizo claro y familiar el vasto y tumultuoso periodo de Derecho civil y de Derecho canónico, siempre en lucha y trabajando para formar el caos de la Edad Media, periodo que abre en 618 el obispo Teodoro y que cierra en 1227 el papa Gregorio.

Despues de las decretales, se dedicó al estudio de la medicina y al de las artes liberales: estudió la ciencia de las yerbas y la de los unguentos, y llegó á ser experto en las calenturas y en las contusiones, en las heridas y en los tumores; Jacques d' Espars le hubiera dado el título de médico físico y Ricardo Hellain el de médico cirujano. Recorrió igualmente todos los grados de licenciado, maestro y doctor en Artes. Del estudio de lenguas aprendió el latin, el griego y el hebreo, triple santuario muy poco frecuentado en aquella época; sentía verdadera pasion febril por adquirir y atesorar la ciencia; así es que á los diez y ocho años había pasado ya las cuatro facultades, como si creyese que el único objeto de la vida era *el saber*.

Por esa época, el excesivo calor del verano de 1466 produjo aquella horrosa peste que acabó con más de cuarenta mil personas en el vizcondado de Paris. Corrieron voces en la Universidad de que la calle de Tirechappe era una de las que más azotaba la peste, y en ella residian, en su feudo, los padres de Claudio. Éste corrió alarmado á la casa paterna, y cuando entró en ella supo que su padre y su madre habían muerto la vispera; un hermanito suyo, tan niño

que aun mamaba, vivía aun y lloraba al verse abandonado en la cuna. Este niño era lo que le quedaba á Claudio de su familia; lo cogió en brazos, y pensativo salió con él de aquel sitio de desolacion. Hasta entonces solo vivió Claudio para la ciencia, pero desde aquel momento tenia ya que vivir para algo más.

Esta catástrofe produjo una crisis en la existencia de Claudio Frollo. Al verse huérfano, hermano mayor y jefe de familia á los diez y nueve años, pasó con violenta transición de las meditaciones de la escuela á las realidades del mundo, y, movido á compasion, sintió profunda ternura por su hermano niño; y fué extraño, pero dulce, aquel afecto humano, para él, que hasta entonces solo profesara afecto á los libros. Desarrollóse este cariño hasta un grado singular en un alma tan virgen de afecciones como aquella, y fué para Claudio como su primer amor. Separado desde la infancia de sus padres, que apenas había conocido; encerrado en un claustro y emparedado con sus libros; ávido, ante todo, de estudiar y de aprender; atento exclusivamente hasta entonces á su inteligencia, que se dilataba por los horizontes de la ciencia, y á su imaginacion, que se engrandecía en el campo de las letras, el pobre estudiante no había tenido aun tiempo de saber cómo late el corazón. Ese hijo sin padre ni madre, ese niño que desde el cielo le caía bruscamente en los brazos, hizo de Claudio otro hombre. Se apercibió entonces de que había algo más en el mundo, que no eran las explicaciones de la Sorbona y los versos de Homero; conoció que el hombre necesitaba afectos, que la vida sin ternura y sin amor es solo un mecanismo seco, áspero y destemplado; pero se figuró, porque estaba en la edad en que las ilusiones se reemplazan por otras ilusiones, que las afecciones de la sangre y de la familia eran las únicas necesarias, y que teniendo un hermano á quien amar, era este cariño suficiente para llenar toda su existencia.

Se entregó, pues, al cariño del pequeño Juan con la vehemencia de un carácter ya profundo, ardiente y concentrado. Esa delicada criatura, hermosa, blonda y sonrosada; ese huérfano, sin más apoyo que el de otro huérfano, le conmovía hasta el fondo de las entrañas, y como era grave pensador, empezó á meditar sobre aquel niño con misericordia infinita. Le amó y cuidó como á cosa frágil y recomendada, y fué para el niño

más que un hermano, fué una madre. Juan la había perdido antes de que le destetaran, y Claudio le buscó una nodriza. Además del feudo de Tirechappe, Claudio heredó de su padre el feudo del molino, dependiente de la torre cuadrada de Gentilly; este molino estaba situado sobre una colina, junto al castillo de Winchester (hoy Bicetre). La molienda estaba criando á un niño, y aquel sitio no estaba lejos de la Universidad, por lo que Claudio le llevó á su hermanito para que lo amamantase.

Desde entonces, sintiéndose con una carga que soportar, pensó con la mayor seriedad en la vida. Su hermano menor empezó á ser para él, no solo el recreo, sino el objeto de sus estudios, y resolvió consagrarse enteramente á labrarle un porvenir, del que era responsable ante Dios, y á no tener jamás otra esposa ni otro hijo que la felicidad y la fortuna de su hermano. Se afirmó, pues, más que nunca en su vocación clerical; su mérito, su ciencia, su cualidad de vasallo inmediato del obispo de Paris, le abrían de par en par las puertas grandes de la Iglesia. A los veinte años, por dispensa especial de la Santa Sede, era ya sacerdote y decía misa, como el más joven de los capellanes de Nuestra Señora, en el altar que se llama, por decirse en él la misa última, *altare pigrorum*.

En la Catedral, engolfado más que nunca en los libros, que solo abandonaba una hora para ir al feudo del molino, manifestando unidos el saber y la austeridad, rara mezcla en su edad, se atrajo muy pronto el respeto y la admiración de todo el claustro. Del claustro pasó al pueblo su reputación de sábio, y el pueblo la fué convirtiendo en hechicería, cosa frecuente en aquella época.

En el momento en que volvía, el día de Quasimodo, de decir la misa de los perezosos en el altar de este nombre, situado al lado de la puerta del coro que comunica con la nave, á la derecha, cerca de la Virgen, fué cuando llamó su atención el grupo de las viejas murmuradoras que rodeaban el tablado de los niños expósitos. Entonces fué cuando se acercó á la pobre criatura, tan aborrecida y tan amenazada. Aquella miseria, aquella deformidad, aquel abandono; la idea de su hermanito, el pensamiento que le asaltó de que éste quedaria también abandonado si él llegase á morir, todo esto se agolpó á su corazón á un mismo tiempo, que sintió una compasión tan profunda que le hizo apoderarse del niño.

Cuando le desenvolvió del saco quedó pasmado de su deformidad. El desventurado tenia una verruga en el ojo izquierdo, la cabeza enterrada entre los hombros, arqueada la columna vertebral, el esternon prominente y las piernas torcidas; parecia que viviria, y aunque no era fácil saber qué lengua tartamudeaba, sus gritos denunciaban fuerza y salud. Tan gran fealdad aumentó la compasión de Claudio, el que hizo voto de criar al niño por amor á su hermano, con la idea de que cualesquiera que fuesen en lo sucesivo las faltas que Juan pudiese cometer, tuviese anticipada en su favor esta caridad hecha en su nombre; era una especie de imposición de buenas obras que efectuaba en nombre de su hermano, una provision de buenas acciones que queria reunirle anticipadamente, para el caso de que algun dia careciese de esta moneda, que es la única que se recibe en el portazgo del cielo.

Bautizó á su hijo adoptivo con el nombre de *Quasimodo*, ya por indicar de esta manera el dia en que le halló, ya por caracterizar con ese nombre hasta qué punto era la pobre criatura incompleta y apenas bosquejada. En efecto, Quasimodo, tuerto, jorobado y patizambo, solo era una quisicosa.

III.

Immanis pecoris custos, immanior pes.

En 1482 Quasimodo habia crecido. Hacia ya bastantes años que era campanero de Nuestra Señora por el influjo de su padre adoptivo, Claudio Frollo, el que habia llegado á ser arcediano de Josas, gracias á su señor feudal, el señor Luis de Beaumont, que habia ascendido á obispo de Paris en 1472, por muerte de Guillermo Chartier, gracias á su Mecenas Olivier le Dain, barbero del rey Luis XI por la gracia de Dios.

Como acabamos de decir, Quasimodo era campanero de Nuestra Señora, y con el tiempo habia llegado á formarse no sé qué union íntima entre éste y la iglesia. Separado para siempre del mundo por la doble fatalidad de su nacimiento desconocido y de su naturaleza deforme, encarcelado desde la niñez en aquel doble círculo intraspasable, el infeliz se habia acostumbrado á no ver nada en el mundo más allá de las religiosas murallas á cuya sombra le habian recogido. Nuestra Señora habia sido sucesivamente

para él, á medida que crecia y se desarrollaba, el huevo, el nido, la casa, la patria y el universo.

Parecia que existiera cierta armonía misteriosa y preexistente entre esta criatura y este edificio. Cuando era chico se arrastraba tortuosamente y á gatas en las tinieblas de sus bóvedas; parecia, con su semblante humano y sus miembros bestiales, el reptil natural de aquellas losas húmedas y sombrías, sobre las que la sombra de los capiteles romanos proyectaba mil sombras caprichosas. Más tarde, la primera vez que se agarró maquinalmente á la cuerda de las torres, se colgó de ella y puso en movimiento á la campana; á su padre adoptivo, Claudio Frollo, le hizo esto el efecto de un niño cuya lengua se desata y empieza á hablar. Así fué cómo poco á poco, desarrollándose siempre en él el sentido de la Catedral, viviendo, durmiendo y no saliendo nunca de ella y recibiendo á todas horas su misteriosa presión, llegó á parecersele, á incrustarse, por decirlo así, á formar parte integrante de ella. Sus ángulos salientes se amoldaban (permitasenos esta figura) á los ángulos entrantes del edificio, tanto, que Quasimodo no solo parecia su habitante, sino su contenido natural. Casi podia decirse que habia tomado su forma, como el caracol toma la de su concha; aquella era su mansion, su agujero, su envoltura. Existian entre él y la antigua Catedral simpatía tan instintiva y profunda, tantas afinidades magnéticas y tantas afinidades materiales, que estaba pegado á ella en cierto modo, como la tortuga á su concha; la rugosa Catedral era su corteza.

Inútil creemos advertir á nuestros lectores que no tomen al pié de la letra las figuras que nos vemos obligados á emplear para expresar el ayuntamiento singular, simétrico, inmediato, casi substancial, de un hombre con un edificio; inútil también es explicar hasta qué punto se habia familiarizado con toda la Catedral en una tan larga é íntima cohabitación. En aquella morada no habia profundidad que Quasimodo no penetrase, ni altura que no hubiera escalado; muchas veces le acontecia trepar por toda la fachada, hasta inmensas elevaciones, sin otra ayuda que las asperezas de la escultura. Las torres, por cuya superficie exterior se le veia con frecuencia rastrear, como lagarto que se desliza por una pared perpendicular; las dos gigantescas torres

gemelas, tan altas, tan amenazadoras y tan temibles, no le producian vértigos, ni terror, ni atolondramientos; al ver que las escalaba con tanta facilidad, cualquiera diria que las habia domesticado. Á fuerza de saltar, de encaramarse, de suspenderse sobre los abismos de la Catedral, habia adquirido algo del mono y de la gamuza, como los niños de Calabria, que nadan antes que andan, y pequeñuelos juegan con las olas.

No solo se habia amoldado á la Catedral el cuerpo de Quasimodo, sino también el espíritu. ¿En qué estado se encontraba su alma? ¿Qué pliegue habia formado bajo aquella cerrada cubierta en aquella vida salvaje? Difícil seria determinar. Quasimodo nació tuerto, jorobado y cojo, y con mucho trabajo y con gran paciencia pudo conseguir Claudio Frollo enseñarle á hablar; pero la fatalidad perseguia al desventurado expósito: siendo campanero de Nuestra Señora, á los catorce años, una enfermedad, propia de su oficio, vino á completar su infortunio; las campanas le rompieron el tímpano y quedó sordo. La única puerta que la naturaleza le habia dejado abierta por completo se le cerró de pronto para siempre. Al cerrarse interceptó el único rayo de luz y de alegría que penetraba en el alma de Quasimodo y su alma quedó sumergida en noche profunda. La melancolía del desventurado fué incurable y completa, como su deformidad. Añadamos á esto que la sordera le hizo mudo en cierto modo, porque para no hacer reir á los demás, desde el momento que quedó sordo se determinó á guardar obstinado silencio, que solo rompía cuando estaba solo, y ató voluntariamente la lengua que con tanto trabajo Claudio Frollo logró desatar: de aquí provenia que cuando la necesidad le obligaba á hablar, su lengua estaba embotada y torpe como una puerta cuyos goznes están enmohecidos.

Si intentáramos penetrar en el alma de Quasimodo al través de su corteza espesa y dura; si pudiéramos sondear las profundidades de su organización contrahecha; si fuera posible mirar con una antorcha detrás de sus órganos sin transparencia y explorar el interior tenebroso de esta criatura opaca, alumbrar sus rincones oscuros y sus calles absurdas y sin salida; si arrojásemos de repente un rayo luminoso sobre la reina intelectual encadenada en el fondo de aquel antro, encontraríamos sin duda alguna á la infeliz en pobre, encogida y

raquítica actitud, como los prisioneros de los plomos de Venecia, que envejecen doblados en una caja de piedra, demasiado estrecha y demasiado baja.

Es indudable que el espíritu se atrofía en un cuerpo deforme. Quasimodo sentía apenas que se movía ciegamente dentro de él un alma hecha á su imagen. Las impresiones de los objetos sufrían refracción considerable antes de llegar á su pensamiento. Su cerebro era un centro tan particular, que las ideas que le atravesaban salían torcidas de él, y la reflexión procedente de tal refracción era preciso que fuese divergente y extrañada. De aquí nacían las ilusiones ópticas, las aberraciones de los juicios y los descarrios en que divagaba su pensamiento, unas veces loco y otras idiota.

El primer efecto de aquella fatal organización era el de enturbiar la mirada que dirigía á los objetos, de los que casi no recibía ninguna percepción inmediata. El mundo exterior le parecía mucho más lejano que á nosotros. El segundo efecto de su desgracia era hacerle malo; era malo en efecto, porque era salvaje, y era salvaje porque era contrahecho. Había, como en la nuestra, en su naturaleza, cierta lógica; su fuerza, extraordinariamente desarrollada, era un motivo más para que fuese maligno. *Malus puer robustus*, dijo Hobbes.

Pero es necesario que le hagamos merecida justicia; la maldad no era innata en él quizás. Desde que empezó á dar sus primeros pasos entre los hombres se sintió superior en fuerza, pero se vió escupido, ajado y escarnecido. La palabra humana siempre fué para él un insulto, una burla ó una maldición; cuando fué creciendo no vió más que odio hácia él por todas partes, y él le recogió, reasumiendo la maldad general; tomó el arma con la que le herían.

Acabó por no mirar á los hombres más que contra su voluntad; le bastaba su Catedral, poblada de figuras de mármol, de reyes, santos y obispos, que al menos no se reían al verle y le miraban con serenidad y afabilidad. Las otras estatuas de monstruos y de demonios no le tenían odio; se les parecía él demasiado para inspirárselo, y ellas solo se reían de los demás hombres. Los santos eran amigos suyos y le bendecían, y los monstruos lo eran también y le protegían; por eso tenía grandes desahogos con ellos y pasaba muchas veces horas enteras acurrucado delante de alguna de aquellas estatuas, en solitaria plática

con ella; si alguien llegaba, Quasimodo huía, como un amante sorprendido al dar una serenata.

La Catedral no solo era la sociedad para él, sino también su universo y su naturaleza. No soñaba en otros árboles que en las pintadas vidrieras, siempre florecientes, ni en otra sombra que en la de aquellos follajes de piedra que se extienden, cargados de pájaros, en la copa de los capiteles sajones, ni en otras montañas que en las colosales torres de la iglesia, ni en otro océano que en el París que oía bullir á sus piés.

Pero lo que prefería á todo cuanto encerraba el edificio maternal; lo que despertaba su alma, haciéndola abrir las pobres alas que tenía miserablemente replegadas dentro de su caverna; lo que á veces le hacía feliz, eran las campanas. Quasimodo las hablaba, las acariciaba y las comprendía. Desde el esquilon de la aguja del crucero hasta la campana grande de la portada, á todas las profesaba igual afecto. El campanario del crucero y las dos torres eran para él tres espaciosas jaulas, cuyos pájaros, que él criaba, cantaban solo para él. Estas campanas fueron la causa de su sordera, pero las madres quieren con frecuencia más al hijo que más las hace sufrir.

Verdad es que la voz de las campanas era la única que ya el infeliz podía oír, y por eso la campana mayor era su querida y la prefería entre aquella familia de jóvenes alborotadoras, que se bamboleaban á su alrededor los días festivos. La campana mayor se llamaba María; estaba sola en la torre meridional con su hermana Jacoba, campana de menos talla, que se encerraba en una jaula más pequeña al lado de la suya. Se la bautizó así para darla el nombre de la mujer de Juan Montagú, que la regaló á la iglesia, lo que no le libró de ser decapitado en Montfaucon. En la segunda torre había seis campanas, y por último, las seis más pequeñas habitaban el campanario sobre el crucero con la matraca, que solo se tocaba después de las doce del Jueves Santo hasta la mañana de la víspera de Pascua. Tenía, pues, Quasimodo quince campanas en su serrallo, pero María era su favorita.

Sentía extraordinario alborozo los días de repique y de vuelo general de campanas. Apenas el arcediano le decía: "Marcha á tocar", subía encaramándose por el caracol del campanario más de prisa que otro lo hubiera bajado; entraba jadean-

do en la habitación aérea de la campana mayor, la contemplaba un instante con recogimiento y con cariño, después la dirigía amorosamente la palabra y la acariciaba con la mano, como se hace con un buen caballo que vá á emprender larga carrera, y la compadecía por el trabajo que tenía que hacer. Después de estas primeras caricias, llamaba á sus ayudantes, que ocupaban el piso inferior de la torre, diciéndoles que empezaran: colgábase éstos á los cables, rechinaba el cabrestante, y la enorme cápsula de metal se ponía lentamente en movimiento. Quasimodo, palpitante, la seguía con la vista; el primer choque del badajo contra la pared de bronce hacía temblar el armazon de madera que la sostenía. Quasimodo vibraba como la campana.—"Vuela!", le gritaba, soltando insensata carcajada. Iba acelerándose el movimiento de la campana, y á medida que recorría un ángulo más abierto, el ojo único de Quasimodo se abría también cada vez más fosfórico y resplandeciente. Empezaba, por fin, el repiqueteo, temblaba la torre, madera, plomo, piedra; todo en ella retumbaba á la par, desde las estacas de los cimientos hasta los ornatos de la techumbre. Quasimodo entonces ardía y echaba espumarajos; no hacía más que ir y venir y temblaba con la torre, de piés á cabeza. La campana, desenfundada y furiosa, presentaba alternativamente á las dos paredes de la torre su garganta de bronce, de la que salía aquel aliento de tempestad que se oye á cuatro leguas. Se colocaba Quasimodo delante de aquella boca abierta, se agachaba, volvíase á levantar al dar las vueltas la campana, aspiraba aquel aliento impetuoso, y ya miraba á la profunda plaza, que hormigueaba á doscientos piés debajo de él, ya á la enorme lengua de cobre que venía á zumbiar en sus oídos. Era aquella la única palabra que podía oír, el único sonido que interrumpía para él el silencio universal, y en él se le ensanchaba el pecho, como un pájaro al sol. De repente se apoderaba de él el frenesí de la campana; su mirada era extraordinaria; esperaba la campana al paso, como espera la araña á la mosca, y se precipitaba sobre ella á brazo partido. Entonces, suspendido sobre el abismo, lanzado con el formidable impulso de la campana, así por sus dos aletas al monstruo de bronce, le apretaba con ambas rodillas, le golpeaba con sus talones y redoblaba con todo el choque y el peso de su cuerpo la

furia del vuelo de la campana. La torre vacilaba, Quasimodo gritaba y rechinaba los dientes, se le erizaban los rojos cabellos, su pecho sonaba como el fuelle de una fragua, su ojo brotaba llamas, la enorme campana relinchaba jadeando debajo de él, y entonces ya no eran aquello ni la campana de Nuestra Señora ni Quasimodo, sino un sueño, un torbellino, una tempestad; el vértigo á caballo del ruido; un espíritu cabalgando en grupa voladora; un monstruoso centauro, medio hombre y medio campana; una especie de Astolfo horrible, arrebatado sobre un prodigioso hipógrifo de bronce vivo.

La presencia de aquel sér extraordinario hacia circular por toda la Catedral no sé qué aliento de vida, como si se exhalara de él; aseguraban las supersticiosas creencias del pueblo que dimanaba de él una emanación misteriosa que animaba todas las piedras de Nuestra Señora y hacía palpitar las profundas entrañas de la vieja Catedral. Bastaba saber que Quasimodo estaba allí, para que creyesen ver con vida y movimiento las mil estatuas de los pórticos y de las galerías. La Catedral parecía, en efecto, una criatura dócil y obediente bajo su mano; esperaba su voluntad ocupada y poseída por Quasimodo como por un génio familiar. Parecía que por él respiraba el inmenso edificio, y él se hallaba verdaderamente en todas sus partes, en todos los puntos del monumento. El pueblo veía á veces con terror en lo más alto de las torres un enano singular, que trepaba, rastreaba y andaba á gatas, pendía por afuera sobre el abismo, brincaba de ángulo en ángulo y se metía y acurrucaba en el vientre de alguna górgona esculpida, y era Quasimodo que buscaba nidos de cuervos. Otras veces tropezaban en un rincón de la iglesia con una especie de quimera viva, informe y agachada: era Quasimodo que estaba meditando.

Ya distinguían encima de un campanario una cabeza enorme y un manojito de miembros desordenados, balanceándose con velocidad en una cuerda: era Quasimodo tocando á vísperas ó al Ave-María. Algunas noches se veía vagar una forma horrible sobre la balaustada, aérea y de encaje, que corona las torres y el contorno del ábside, y era también el jorobado de Nuestra Señora: entonces, según decían las vecinas, adquiría la iglesia algo de fantástico, de